

APERTURA, DOGMAS Y PARADIGMAS

David Ibarra
20 de julio de 1998

Los países en desarrollo no son fuente de paradigmas universales. La tarea es más modesta, es la de adaptarse a algo que se impone desde afuera y que acarrea disonancias inevitables con estadios inconclusos de su evolución histórica. Ahora bien, como los cambios de paradigmas entrañan cambios entre los ganadores y perdedores de la justa económica, suelen buscarse ideologías que aturdan al público o aplasten críticamente el modo anterior de crecer, atribuyéndole todos los males —aun en contra de la evidencia histórica—, mientras se pronostica una nueva etapa de progreso y bienestar sin fronteras.

Reconocido el imperativo insoslayable del cambio, también debe admitirse que no todo el pasado está teñido de errores lamentables, ni que en el futuro dejarán de cometerse para acceder a un mundo feliz donde campeará la más estricta racionalidad, erradicándose el estancamiento, la corrupción, el patrimonialismo y la inseguridad social. Más que seguir empantanados en un debate ideológico importado y sin fin sobre intervencionismo y neoliberalismo, habría que poner las energías de troyanos a buscar las sendas más constructivas de acomodar los intereses nacionales a las demandas de la historia universal.

Al respecto, la CEPAL en el documento *Políticas para Mejorar la Inserción Externa de América Latina y el Caribe en la Economía Mundial* (Fondo de Cultura Económica), plantea en términos realistas, evadiendo trampas ideológicas, la tarea innovativa de la adaptación de las economías nacionales a las exigencias del nuevo paradigma de la globalización. Es un gran acierto subrayar que la política de crecimiento hacia afuera no se agota con la reducción o eliminación de las restricciones comerciales. Se requiere de una política activa que promueva las exportaciones no tradicionales, que

integre a la política comercial con la de desarrollo productivo, con la política cambiaria y con la de fortalecimiento de los mercados domésticos de capitales.

Promover las exportaciones no tradicionales exige romper con una variedad de obstáculos que demandan del maridaje de la política comercial con otra de orden industrial. La manera suave, de justificarlo es espejo de la lógica de los países industrializados, cuando piden se nivele el campo de la competencia y se elimine el dumping ecológico o el social. En nuestro caso, la justificación primaria del respaldo gubernamental nace de la necesidad de proveer a los productores de exportables de insumos a precios y calidades competitivas; nace también de la necesidad de compensar deficiencias de servicios colaterales: informáticos, normas de calidad, seguros, manejo de la legislación antidumping. O puesto en términos positivos, de la necesidad de crear condiciones propicias (extenalidades en la jerga económica) al crecimiento exportador que nos ponga a la par de otros países.

Imagen de espejo también sería comenzar, por más que sea tardíamente, a implantar sin tapujos políticas de reconversión modernizadora-aperturista del conglomerado nacional de empresas medianas y pequeñas. Razón económica y razón política confluyen en tal planteamiento, como lo evidencia el hecho de que más del 95% de los establecimientos industriales de México están en esa categoría, y ahí se genera el grueso de los empleos del país. En ese sentido, bien podrían adaptarse las ideas que fundamentaron los salvamentos de la tercera industria automotriz en Estados Unidos, los astilleros en Japón o las empresas de transporte aéreo en Europa, para sólo citar unos cuantos casos ilustrativos, sin abundar en los apoyos gubernamentales al desarrollo de las industrias de punta del Primer Mundo y de los tigres asiáticos.

Es indispensable, entonces, instrumentar un conjunto de acciones microeconómicas que se asocian a la modernización de las empresas a su reconversión (tecnología, equipos, relaciones laborales), típicas de las políticas industriales, pero imprimiendo un nuevo sesgo: el énfasis en elevar la productividad en sentido sistémico y, por esa vía, en mejorar la capacidad competitiva de los países.

Además resulta indispensable, la confluencia de políticas calificadas de meso-económicas (formación de capital humano y físico, perfeccionamiento de los mercados de trabajo, financieros y de divisas) que vayan compensando lo dispar y lo atrasado de nuestra plataforma de lanzamiento al exterior.

En definitiva, los pilares de una estrategia de crecimiento hacia fuera, son dos: primero, existencia y congruencia entre las políticas industriales micro, meso y las propias acciones macroeconómicas. Por eso no es admisible que premuras de corto plazo contravengan los alcances de esa estrategia, como ocurre con el uso del tipo de cambio como ancla antinflacionaria. Y, segundo, el diseño de un programa de reconstrucción institucional de fondo que abarque desde el establecimiento de nuevos pactos sociales, la formación o modernización de las élites empresariales y obreras, hasta la creación de multitud de instituciones de mercado, ausentes o extremadamente imperfectas.

Vindicar la unión de la política comercial a una política industrial activa, no nace simplemente de la necesidad de emparejar el campo de la competencia. Este es intrínsecamente disparajeo, a menos que milagrosamente se borrarase la brecha del subdesarrollo. Hay, además, argumentos de peso que convergen a la misma conclusión.

Desde luego está la imperiosa necesidad de buscar la diversificación exportadora hacia rubros de demanda dinámica (de alta elasticidad-ingreso de la demanda mundial).

Aquí, la vieja tesis de las industrias nacientes es enteramente aplicable. Asimismo está el apremio de una apertura abrupta del comercio, donde la dinámica importadora —con oferta mundial siempre lista— suele superar el desarrollo necesariamente más pausado de madurar nuevas capacidades exportadoras.

En la misma vertiente, destaca la exigencia fundamentalísima de hacer del sector exportador la fuente del crecimiento interno. Quiérase o no, ese criterio conduce a entrelazar en un círculo virtuoso, el esfuerzo exportador y la sustitución eficiente de importaciones. De otra suerte, el sector externo no podría constituirse en locomotora de arrastre de las economías como se viene constatando tristemente en México. Y sí se convertiría en limitante a la tasa de desarrollo por cuanto el disparo importador que acompaña a la recuperación económica obliga de inmediato —como en estos días— a instrumentar medidas recesivas.

No cabría exagerar la importancia de unir orgánicamente la producción interna al esfuerzo exportador. Esa función integradora tendría que suturar, además, así sea parcialmente, varias rupturas en el comportamiento anteriormente habitual de las economías. En primer término, tendría que compensar la desconexión entre crecimiento y ocupación. Hoy en día puede expandirse grandemente la producción mientras se estanca o decae el empleo. Asimismo, habría de mitigar la desconexión entre insumos primarios y producción. Fenómenos tecnológicos hacen posible que la producción pueda crecer en proporción mayor que la cuantía de las materias primas naturales que utiliza, sea por ganancias en eficiencia o por el uso de sucedáneos sintéticos. Al propio tiempo, sería indispensable resarcir en algún grado los retrocesos en el abasto de origen nacional, desplazado en alto grado —con la apertura— por la oferta foránea.

Otro argumento de peso en favor de la conducción innovativa del proceso de desarrollo hacia afuera, se refiere al diseño de política financiera activa para contrarrestar o al menos atenuar la volatilidad extrema de los mercados financieros internacionales. El acceso al capital externo no garantiza el fortalecimiento del ahorro y la inversión, como lo prueba hasta la saciedad la experiencia latinoamericana de las últimas dos décadas.

Valga, por último, una nota de advertencia. El crecimiento reciente del comercio de la última década, es atribuible más que al impulso de la producción mundial a cambios institucionales con efectos dinámicos temporales. El intercambio internacional registró una tasa de incremento del 6.6% anual entre 1980 y 1996, y crece a razón del 7.3% anual en la presente década. En contraste, las cifras de ascenso de la producción mundial son alrededor de 50% inferiores y muestran tendencia a contraerse o estancarse en el tiempo (crecen apenas en torno al 3% anual). Hay aquí una paradoja que conviene explicar:

De un lado está la reorganización de las transacciones interindustriales a escala mundial, auspiciadas por la eliminación de fronteras y la adopción generalizada de tecnologías que hacen ubicua la producción y el ensamblaje. Así se hace posible transnacionalizar las articulaciones productivas y aprovechar los bajos costos de mano de obra o de otros recursos de las más diversas localizaciones. Dicho en términos llanos, cada vez hay más que intercambiar y transportar para sostener el mismo volumen de producción de los países. De aquí que el intercambio tienda a crecer más que el producto o lo producido pero sólo durante el período de asentamiento de la nueva organización económica planetaria.

Otro factor importante reside en la contracción casi generalizada de los mercados internos del mundo. El consumo privado en los países de la OCDE —que agrupa a los

países más avanzados— ha caído 20% en su tasa de crecimiento de compararse la década de los ochenta con la de los noventa (del 3% al 2.4% anual) y la tasa de ascenso del consumo público casi cae 50% (de 2.5% a 1.3% anual). Visto de otra manera, la globalización económica (por más que sea insoslayable) se expresan hasta ahora en angostamiento de la capacidad de compra del grueso de las familias o, puesto en otros términos, en desocupación y polarización social, en acrecentar el número de perdedores frente al de los ganadores del cambio mundial.

En el promedio de los países de la OCDE la desocupación abierta es del 7.5% (36 millones de personas) y llega a dos dígitos en los países centrales de Europa. En contraste, donde el empleo ha seguido creciendo (Estados Unidos, Inglaterra, Nueva Zelanda), las disparidades distributivas se ahondan peligrosamente. En Inglaterra, alrededor de un cuarto de las familias se encuentran debajo de la línea de la pobreza y en Estados Unidos el 17% se halla en esa situación. En este último país, los dos deciles superiores de varones reciben 10 veces lo del primer decil (cinco en Europa) y los salarios mínimos reales se han contraído más del 40% en la última década y media. En América Latina llevamos casi dos decenios perdidos, así el ingreso por habitante se estancó entre 1980 y 1997, mientras el empleo en el sector formal de la economía se reducía drásticamente. La relación entre el 20% de las personas de más alto ingreso con respecto al 20% del más bajo es de 16 a 1.

En suma, no parece desacertado hacer un alto en el camino para reflexionar sobre los avances y deficiencias de la transición económica y política en que México se encuentra inmerso. No se trataría de volver atrás y menos de culparnos interminablemente unos a otros por errores o fracasos, sino de poner imaginación y esfuerzo en la construcción de un futuro menos incierto, espinoso e inequitativo. En México la coyuntura parece propicia por cuanto estamos en los umbrales de un nuevo sexenio, precisamente

cuando se enderezan rumbos, ideas y planteamientos programáticos. Hay aquí un reto a todos los partidos políticos, singularmente asociado a la renovación necesarísima del Partido Revolucionario Institucional. Responsabilidad nacional y democratización de las decisiones es lo que espera de su gobierno e instituciones políticas la sociedad mexicana.